

Achanchados

Marcelo Somarriva Q.



Hace pocos días, el economista Sebastián Edwards dijo que la causa del estancamiento chileno y la falta de crecimiento económico es “una especie de achanchamiento en todos los niveles”, idea que me quedó dando vuelta. Con el debido perdón del mundo porcino, ese cuadrúpedo amable, inteligente y sabroso, el mejor amigo que el humano haya tenido jamás, me parece que esta interpretación “parriana” que propuso el economista da para muchas lecturas. Indagaré en algunas.

Hablando de chancho lo primero que se viene a la cabeza es la impureza del llamado “cochino”, no solo por su alegre hábito de revolcarse en la inmundicia, sino también por la tradicional prohibición que algunas culturas han impuesto sobre el consumo de su carne. Según el gran escritor Xavier Domingo, la que impuso el Talmud a los judíos tuvo su origen en el carácter omnívoro de este animal. La idea de su “impureza” surgió cuando algún rabino mirón vio a un chancho comer serpientes y otros reptiles impuros, y este arrojó gastronómico lo contaminó para

siempre. Su impureza no estaría en su naturaleza, sino que sería un contagio transmitido por generaciones.

Según este mismo escritor, en la España del Siglo de Oro, para hacer alardes de cristianismo viejo, se comía chancho a destajo, en todos los formatos imaginables, y se decía incluso que el gustillo especial de ciertos puercos se debía justo a que comían víboras en los bosques de encinas, más que las famosas bellotas.

Nuestra afinidad ancestral con el porcino estaría en que también somos animales omnívoros. Ambrose Bierce en su maléfico Diccionario sostuvo que la especial alianza entre ambas especies se daba por el esplendor y la vivacidad de su apetito, aunque el de los chanchos sería inferior al nuestro porque se detiene ante la carne de sus semejantes. Nosotros, como se sabe, podemos no tener límite. Solo recuerde esos cuentos de Stevenson en los cuales los antropófagos de la Polinesia hablaban del “cerdo largo” para referirse a otros humanos.

Pero “achancharse” no solo tiene que ver con la inmundicia, sino también

con abandonarse, o como decían nuestras abuelas con “dejarse estar”, lo que podría asociarse a engordar, o bien con “arranarse”, siguiendo con las metáforas animales: aplastarse en la mediocridad o la falta de ambición, lo que a su manera es una pérdida del apetito, del hambre por aspirar a más.

Hoy, hay señales de “achanchamiento” por doquier y este se inculca desde la infancia. Encuestas recientes revelan que nuestros niños no hacen ejercicio, no leen libros y apenas saben sumar y multiplicar, aun cuando sus notas nunca hayan sido tan altas. El

“achanchamiento” solo se depura con los años.

La última gran “chanchada” que se ha hecho pública es el informe de Contraloría que detectó como 25 mil funcionarios públicos presentaron licencias médicas y viajaron fuera de Chile mientras estaban en reposo. Habrá que ver cada caso, pero todo indica que muchos no estaban tan enfermos, sino que hambrientos de hacer trampa y de achancharse a costa del resto.

“Siguiendo con las metáforas animales, podría asociarse con aplastarse en la mediocridad o la falta de ambición”.